

Mao visto por Malraux



EN Singapur, escala de una travesía por aguas orientales prescrita a Malraux como sedante y que él aprovecha como fuente de inspiración, recibe una misión diplomática: el General de Gaulle le confía una carta para el Presidente de la República China Liu-Shao-shi. Las relaciones entre Francia y China se han restablecido a raíz del reconocimiento de la China Popular por el Gobierno francés. Antes de dirigirse a Pekín repite un itinerario ya conocido...

Hong-Kong, con su peculiar paisaje de bahía habitada por las sombras chinescas de las barcas a contraluz, le suscita un original y antiguo recuerdo: en 1925, las autoridades coloniales habían condenado al silencio "Indochina", el único diario que no se imprimía en ideogramas. Malraux tuvo, entonces, que desplazarse desde Saigón para adquirir caracteres tipográficos occidentales y, milagrosamente, descubrió a un fundi-

dor que se los proporcionó. Regresó cargado con tipo de la grafía inglesa pero sin acentos, con lo cual la impresión se hacía irrealizable. Hasta que un obrero annamita desparramó ante sus ojos un pañuelo anudado por los extremos y lleno de letras, al tiempo que le explicaba: "Sólo hay és, pero he conseguido acentos agudos, graves e incluso circunflejos. En cuanto a la diéresis, la cosa será mucho más fácil. Mañana los operarios traerán los acentos que puedan". Ellos sabían —cuenta el ilustre escritor— que si eran sorprendidos, los procesarían por ladrones, no por revolucionarios.

Cuarenta años más tarde, Malraux sobrevuela la misma isla. Un tifón, semejante a una cometa, prolonga la cola de su *Boeing*. Ya divisa los "nuevos territorios de la China comunista". En breve, volverá a ver las típicas túnicas bordadas, las ancianas vendedoras con sus pies inverosímiles a fuerza de reducidos... Y contemplará el Bazar del Municipio, repleto de los objetos más heterogéneos. La Gran Tienda roja "vende cuanto produce —nos asegura— pero después de un cuarto de hora, todo lo que se vende aquí desaparece frente a lo que se sueña".

Piensa el autor de *La Condición Humana* que el país en el que va a aterrizar, más que el de la bomba atómica y el de las ingentes fábricas, es el de Mao, el guía incansable de la Larga Marcha. Medita sobre la historia del ejército vencedor de Chang Kai-chek, sobre cómo Mao ayudó al generalísimo nacionalista tras la emboscada de Si-Ingan (diciembre, 1936). Porque, pese a que el ejército del Kuo-Min-Tang —en clara superioridad numérica sobre el Rojo— fusiló a su segunda esposa, Mao consideraba a Chang capaz de unir a los chinos contra el Japón. Vuela sobre el mismo escenario de la Larga Marcha, más larga todavía por las dificultades casi insuperables que hubo de vencer; vuela a ras de los dominios de los *lolos*. No olvida, *antimemorizando* a su aire, que esta tribu, a cambio de armas, condujo a los revolucionarios hasta los pontones del Ta-Tu-ho. En su imaginación reconstruye las últimas etapas de las últimas andaduras, bajo el bombardeo ineficaz de los aviones. Ve las gargantas por donde discurren los caudalosos ríos chinos, gargantas famosas en el país por su aspecto irreal y que dificultaban el paso del Ejército Rojo. La intrepidez de los voluntarios burló las implacables ametralladoras enemigas y logró

lo que parecía imposible: cruzar y replegar al adversario hacia la selva.

La orografía china le sugiere una profunda reflexión: “En todas partes, las cordilleras, las *cadena*s montañosas, pertenecen al dominio nocturno de la imaginación: fueron las *cadena*s de los calabozos; aún lo eran, no hace tanto tiempo: su dibujo parece el ideograma de la esclavitud”. Tal vez oiga la gran voz de Mao durante la esperanzada marcha:

*”Montañas,
al galope, blandiendo el látigo, pegado a la silla.
Temía mirar a cualquier lado,
ya que a tres palmos, sobre mi cabeza, estaba el cielo.*

*Montañas,
como grandes olas en agitados mares.
Al galope tendido,
diez mil caballos se lanzan como ebrios a la batalla.*

*Montañas,
horadando la nitidez del cielo azul.
Si el cielo cae,
allí estaremos para sostenerlo...”*

Inspirado en una canción popular, este poema fue escrito por aquellas fechas. El plural de “estaremos” alude al Ejército Rojo pero existen otras traducciones de la misma idea. Por ejemplo, la de que:

*“El cielo se desplomaría
si no fuese por estos pilares”.*

y “estos pilares”, claro, no son otros que los hombres de Mao.

Malraux nos ha metido de lleno en la epopeya china del siglo xx. Vemos la Gran Pradera y los Grandes Pantanos, testigos igualmente de un avance que la resistencia de las tribus independientes, la dureza del clima y la aridez y crueldad de la naturaleza, hacían cada vez más penoso. A tres palmos de sus cabezas, el cielo ennubecido. Abajo, la sima. “Un cordero cuesta la vida de un hombre”, decía Mao. A juicio del francés,

los miles de pasos, hollando una tierra enrojecida, son sinónimo de la China Popular y, por ellos, la figura de Mao adquiere su dimensión de leyenda.

De todos modos, para Malraux esa figura siempre hubiera tenido sentido, al margen de la hazaña que patrocinó y que consiguió poner en pie a la China; lo tendría como poeta, aunque el propio Mao se subestimaba en esta vertiente. Es más, de no ser por la insistencia de poetas como Liu Ye-tzu, con el que intercambiaba versos según el rito oriental, no hubiera consentido en publicarlos.

El hecho de que hoy los podamos comentar se debe a una serie de circunstancias ajenas a la voluntad de su autor, entre las que sobresalen los ruegos del inglés Robert Payne que conocía muy escasa producción de Mao, pero que sabía de la existencia de un libro titulado *Feng Chien Tze* (Poemas de viento y arena), y deseaba divulgarlo y ampliarlo. Así se lo dijo a Mao, quien le contestó: "Mis poemas son *ma-ma-hu-hu*, es decir, tontos. Yo sólo escribo poesía para distraerme".

¿Para distraerse? ¿O para escuchar su pensamiento arropado de lirismo?

El solía utilizar un estilo clásico, cosa que creía negativa debido a su posible proyección sobre la juventud, por lo que proponía adoptar la métrica moderna. Un famoso crítico observó a propósito de los poemas de Mao sobre moldes antiguos: —"Aquí están viejos odres con vino nuevo". Con la obra lírica de Mao Tse-tung un mundo fresco se abrió para el *lü* y el *tzu*, formas tradicionales de versificación. Y Mao aporta un vigoroso impulso a esta poesía china, milenaria, intemporal, onírica...

* * *

Cuando llega a Cantón, Malraux evoca un señalado 20 de octubre, el de 1935, en que los revolucionarios y los Ejércitos Rojos de Chen-Si se encuentran. La Larga Marcha, que había significado unos 10.000 Kms. y el sacrificio de mujeres y niños muertos o abandonados, tocaba a su fin.

A orillas del río de las Perlas desgrana cada cuenta recordadora de su antigua visita de 1925: mientras estrenaba las



primeras palabras de su primer libro, Cantón vivía su primera huelga general.

“Ya no queda nada de los chinos de la Compañía de las Indias, del barrio de los cambistas que repicaban como campanas, a lo largo del río, golpeando las monedas con sus minúsculos martillos, ni del informe bazar que la víspera del levantamiento aún llenaba el centro de la ciudad. Ya no queda nada de la Revolución misma: tan sólo sus museos...”

Y el escritor —ya consagrado en el viaje que hoy nos ocupa— se dirige enseguida hacia el de la Revolución, curiosamente situado cerca del mausoleo de los mártires políticos y que, en su opinión, más que un muestrario de la revolución lo es del martirio. Le sorprendió que aquel pueblo, carente de ministerio de Justicia, contara, paradójicamente, con uno de Castigos.

* * *

Desde Cantón, sale rumbo a Pekín, meta de su comisión, que se inicia con la audiencia concedida por Chen-Yi, el mariscal-

ministro. El *antimemorialista* le retrata de este modo: “De cara tersa (los chinos suelen envejecer en pocos meses) y con una risa ancha y cortante”.

Tras los parabienes y cumplidos de rigor (durante los cuales Malraux se ha “olvidado de preguntar por la salud del Presidente de la República, Liu Shao-shi”), Chen-Yi le informa de los objetivos del gobierno popular: liberar al pueblo de la miseria y de la ignorancia, garantizar la existencia material de todos y propiciar una evolución global de tipo socialista. En las relaciones internacionales, aspira a una política pacífica y de ayuda a los pueblos que quieran independizarse.

Repasa el mariscal la historia de China que es la del colonialismo y la explotación británica de 1840 a 1911; luego, la del imperialismo japonés y, más tarde, la del norteamericano. Ahora China ansía —y parece estar consiguiéndolo— levantarse a sí misma. Chen-Yi, al igual que Mao, condena explícitamente las ingerencias extranjeras.

De la actitud ceremoniosa y enigmática del ministro de Relaciones Exteriores chino, deduce el francés: “En Chen-Yi, todo es convención: una convención que las obligadas traducciones acentúan”. Abriga la impresión de que el mariscal le ha excluido del diálogo, que lo que ha escuchado es un “monólogo maniqueo”, más bien tópico y dirigido a las masas.

Mientras aguardan el regreso de Chu-En-lai a Pekín, Malraux no renuncia a interesantes incursiones en compañía del Embajador de Francia, Lucien Paye, por las proximidades. Juntos visitan Lo-yang y Sian, que forman parte de esas ciudades normalmente vetadas a los forasteros. Frente al Gran Buda indo-helenístico de Lo-yang, capta el ilustre turista “hasta qué punto las figuras divinas pierden su alma ante una multitud indiferente”.

En Sian le falta tiempo para personarse en su museo, sito en una antigua plaza de color arcilla, con el magnífico conjunto de pabellones clásicos. Lo encuentra “falso y verdadero a la par” y “más irreal que el Palacio de Verano”. *Irreal, imaginario, invisible*, son términos que, gracias a Malraux, nos resultan familiares unidos a la palabra museo. Museo o, lo que es lo mismo, hogar para esas obras de arte, que el visitante sabe entender y glosar como pocos. “Aquí están los animales de piedra que conducían a la tumba de Tai-Tsong, el Carlomagno

chino". Contempla el rinoceronte en que se montan los niños; se llena la mirada con la perspectiva de las casas bajas tocadas por tejas anaranjadas o turquesas; sonrío a los techos de esquinas cornudas. Y retorna a Pekín donde tiene lugar su segunda entrevista, esta vez con Chu En-lai. Y ¿qué impresión le produce el primer ministro? Lo halla "amistosamente distante" y "reservado como un gato". Se fija en la uniformidad externa de los jefes, sean chinos o soviéticos, que desorienta acerca de su extracción social. Chu En-lai, por ejemplo, era nieto de mandarín. Estudia a su interlocutor que no esconde un marcado desdén hacia los norteamericanos. Chu En-lai no ignora que en los Estados Unidos se le considera inspirador de uno de los personajes de *La Condición Humana*; se erige en portavoz del sentir popular censurando a los *yankees*, causantes de conflictos en todas partes. Les califica de "policías del mundo" al que han robado su preciada paz.

A los ojos de Malraux, Chu En-lai "representa de maravilla el papel de sabio confuciano", de víctima inocente: "Cuando un político, cínicamente lúcido, apela a la virtud —escribe—, recurre a la máscara de sus antecesores: los comunistas que mienten se disfrazan de ortodoxos, los franceses de convencionales, los anglosajones de puritanos. Chu En-lai, de samurai".

¿Y la libertad? Hace años, decía Sun Yat-sen —y nos lo recuerda Malraux— que "los chinos no conceden la menor importancia a la libertad por el hecho de que la palabra misma es de importación reciente en China".

El ministro francés duda si Chu En-lai cree o no en la guerra. De lo que sí está seguro es de que no manifiesta inquietud ante la eventualidad de un enfrentamiento con los Estados Unidos, comulgando con una máxima de Mao: "Siempre es el hombre el que acaba por vencer". Se refiere, obviamente, a la supremacía del hombre sobre la máquina.

Malraux sigue curioseando los alrededores de Pekín, a la espera de ser recibido por el Presidente. Va a Yenan. Las montañas agujereadas,

"horadando la nitidez del cielo azul",

le estremecen. Y —¡cómo no!— las salas del Museo de la Revolución acogen al experto museógrafo.

Lo que no puede dejar de asombrar a cualquier occidental es que el pueblo chino, con su secular ejercicio de la paciencia y del sacrificio (no fallan los dichos populares: “trabaja como un chino” y “es un trabajo de chinos”), haya llegado a concienciarse de la individualidad de su destino, de su necesidad de autonomía, y de que, para ello, no haya regateado medios. Durante la Revolución, todo, absolutamente todo, incluidos los uniformes militares y la moneda, era fruto de un trabajo artesanal; al papel lo sustituía la corteza de abedul. Más que el caballo y el tintero de Mao, son los objetos que ilustran la historia de la Liberación —narrada por una laucha entusiasta “con las dos trenzas tradicionales y voz de cernícalo”— lo que en el Museo emociona a Malraux. Comprueba que en ningún otro sitio aparece con tanto ímpetu el comunismo chino como en Yenán, la pequeña ciudad cuyas fábricas, puente, luces, no logran borrar los agujeros en esa falda escarpada que vio forjarse el destino de China, y desde la que Mao gobernó cien millones de hombres.

Yenán es hito del encuentro entre el ejército y el partido. Precisamente allí Malraux conversa con un testigo de la entrada de los supervivientes de la Larga Marcha. “Si Mao se ganó a los campesinos —le refiere— fue, en gran medida, por su sencillez: estaba vestido de azul, igual que nosotros, pero tenía zapatos marrones”. Además, Mao sabía lo que decía y cómo infundir su entusiasmo a las masas. Y añade el campesino: “Aún no teníamos electricidad... Yenán parecía desierta, porque los aviones la bombardeaban sin cesar. De noche, se iluminaban todas las grutas...”

* * *

Pekín, de nuevo. Al fin tocamos el objetivo que nos interesa, es decir, el diálogo mantenido por el escritor galo y Mao Tse-tung. La magnitud del hombre justifica las dilaciones e incertidumbres previas a la cita con el Presidente Liu Shao-shi. El “se le espera” del mensaje, comunicado a Malraux en la Embajada de Francia, le hace sospechar que quizá pudiera asistir a la entrevista Mao en persona. El Palacio del Pueblo será sede de unas conversaciones que pertenecen ya a la historia. Un interminable pasillo conduce a Malraux hasta una sala te-

nuamente iluminada en la que un grupo expectante —unas veinte personas— flanquean a *alguien* situado en el centro y, sin duda, de gran relieve. El mensaje que lleva consigo Malraux está destinado al Presidente Liu Shao-shi y a él se dirige por medio de la intérprete:

—“Señor Presidente, tengo el honor de entregarle esta carta del Presidente de la República Francesa, en la cual el General de Gaulle me nombra su representante ante el presidente Mao Tse-tung y ante usted”.

Al nombrar a Mao, Malraux vuelve sus ojos hacia el personaje central. Este, que no es otro que el propio Mao, haciendo caso omiso de fríos protocolos, releva a Liu Shao-shi preguntando abierta y familiarmente:

—“Viene usted de Yenan, ¿verdad? ¿Qué le ha parecido?”. El tono empleado es el de quien dice: “¡Al diablo la política!”.

—“Estoy muy impresionado. Es un museo de *lo invisible*...”

Luego, relata su impresión sobre el de *lo visible*, en Yenan, que él juzga “de la miseria revolucionaria”. Contrasta la pobreza de las grutas en que vivió Mao con el lujo de sus enemigos. El autor del Libro Rojo llama su atención:

—“Pero no las salas del partido”.

A lo que Malraux responde:

—“No. Al menos, están protegidas por cristales. Aunque sugieren la idea de un despojamiento voluntario, monástico, su austeridad parece inspirada por una fuerza invisible, semejante a la de nuestros grandes claustros”.

Sentados en sendas butacas de mimbre, ambos hombres se observan. Así nos describe Malraux a Mao, recortado en la mediasombra del recinto que les protege del poderoso sol de agosto: “El mismo tipo de cara redonda, lisa, joven que la del mariscal Chen-Yi. La célebre verruga del mentón, como una señal búdica. Una serenidad inesperada puesto que pasa por ser violento”.

La intérprete, rápida, traduce mirando alternativamente a uno y a otro, como si asistiera a una partida de *ping-pong*, curioso y gráfico símbolo de los primeros contactos diplomáticos entre China y Occidente.

Servicio para Mao:

—“Cuando los pobres se resuelven a luchar siempre vencen a los ricos: tome usted, por ejemplo, la Revolución Francesa”.

Cavila el francés en cuantas *Jacqueries* (1) hicieron falta para una revolución y su réplica no se hace esperar:

—“Se lucha mejor para sobrevivir que para conservar”.

En una especie de *electroencefalograma imaginario* (*imaginario* es adjetivo favorito de Malraux) que registrase gráficamente los saltos del pensamiento de Mao y de su célebre huésped, se comprobarían de modo palpable las divergencias y convergencias de sus rasgos respectivos, ofensivas y defensivas alternadas sobre un fondo lineal de admiración y respeto mutuos. Tal sería el diagnóstico clínico demostrando la magnífica anormalidad de unos cerebros incapacitados para lo vulgar. Pero sin este análisis utópico, se llega a conclusiones similares. En el escritor galo, apasionado del arte, la política irrumpe como aventura. En el asiático, revolucionario nato, el arte, aunque sentido, sirve a su ideología.

Relevemos curiosas concomitancias. En el ideario de Malraux hallamos máximas como las que siguen: “Es deseable que el sentido de la palabra arte sea tratar de concienciar a algunos hombres de la grandeza que ignoran en ellos”. O bien: “El arte no libra al hombre de no ser más que un accidente del universo, pero es el alma del pasado, en el sentido en que cada religión antigua fue un alma del mundo”. Y más adelante: “El espíritu revolucionario es el destino hecho conciencia”.

De Mao proceden las siguientes reflexiones: “Lo que exigimos es la unidad de la política y el arte, la unidad del contenido

(1) Motines. Se les llama así en Francia, en recuerdo de una rebelión de los campesinos de la Isla de Francia contra la nobleza en 1358.

y la forma, la unidad del contenido político revolucionario y el más alto grado posible de perfección de la forma artística". "Una obra de arte que carece de valor artístico, por progresista que sea en lo político, no tiene fuerza" —continúa el autor del Libro Rojo. Por cierto que rojo es un color tradicionalmente asociado en China a la alegría, al optimismo, a la esperanza. Paulatinamente fue adquiriendo sus connotaciones políticas y Mao juega en sus poemas con la ambivalencia de su significado.

La novedad de la ideología de Mao —y el secreto de su éxito— es otorgar al campesinado —en un país cuya población activa pertenece mayoritariamente al sector terciario— un protagonismo con el que no había soñado. Jamás dudó del papel que los campesinos serían capaces de desempeñar en la Revolución. Por ello declara:

—“Esa convicción no se formó en mí: la he tenido siempre”.

Este *siempre* trae a la memoria de Malraux la respuesta del General de Gaulle a una pregunta suya: —“¿Cuándo pensó usted que volvería al poder?” —“Siempre”.

Pero un líder que consigue arrastrar a las masas, no puede fundamentarse únicamente en su criterio. Sin el apoyo incondicional y unánime del pueblo, Mao no hubiera hecho nada. El mismo lo reconoce.

—“Pero a este convencimiento existe una respuesta racional”.

A raíz de la dispersión subsecuente al golpe de Chang Kai-chek, Mao decidió regresar a su aldea:

—“A tres kilómetros de ella no quedaban rastros de corteza en los árboles hasta una altura de cuatro metros: los campesinos se la habían comido... De los hombres obligados a alimentarse de cortezas salieron mejores combatientes que de los chóferes de Shangai o de los *coolíes*”.

Al reconocido especialista del marxismo que es Malraux, Mao ofrece su teoría:

—“No hay marxismo abstracto: hay un marxismo concreto, adaptado a las realidades concretas de la China, a los árboles desnudos como la gente porque ésta no tuvo más remedio que comérselos”.

Sabemos que los chinos no sienten demasiadas simpatías hacia los norteamericanos, pero tampoco son devotos de los rusos. No se inclinan ante ninguna de las potencias que se han repartido la hegemonía mundial. China resurge en medio como el tercer coloso en trance de despertar. Ya Napoleón había vaticinado: “Cuando China despierte... el mundo temblará”. A Francia la respeta por haber reconocido oficialmente a la China Popular, detalle que pone de relieve Mao a lo largo de la conversación. Analiza igualmente el comportamiento de sus vecinos soviéticos, mientras Malraux repara que de las paredes de la sala cuelgan los retratos de Marx, Engels, Lenin y Stalin, cosa corriente en los despacho oficiales del país. (Las pancartas abundan en las tapias y en las calles de las grandes ciudades). El jefe amarillo recalca que precisamente Stalin estuvo a punto de suspender sus relaciones con los comunistas chinos porque se le iban de las manos, que Krushov respetó las industrias de Corea del Norte destruyendo, en cambio, las de los territorios que él se disponía a ocupar. Desde luego, Mao no se hizo ilusiones creyendo que el dirigente ruso le brindaba ayuda al enviarle un tratado acerca de la *guerra de guerrillas*. Prueba su desconfianza lo que advirtió a Liu Shao-shi cuando le entregó el estudio: “Léelo, si quieres saber cómo habríamos debido actuar... para acabar todos muertos”. No obstante, aprecia el importante refuerzo que ha supuesto para el comunismo mundial la *deskulakisación* y demás realizaciones sociales del pueblo ruso.

Siempre procurando resumir el largo itinerario meditativo de *La Condición Humana*, nos detenemos en datos que Malraux estima interesantes. Fue en Francia donde fundó Chu En-lai el Partido Comunista Chino. Occidente le enseñó las técnicas revolucionarias. Mao, por el contrario, nunca abandonó su país natal, ni mudó por otro su querido paisaje de pagodas, de juncos y de acacias rosadas. La savia de su tierra nutrió su espíritu inquieto y le indujo a participar, aún adolescente, en la organización obrera y en el ejército.

Malraux, intrigado por el número de combatientes que formaban las milicias populares, indaga cómo se constituyeron:

—“Se habla de propaganda, pero la propaganda consigue adherentes, no soldados...”

A lo que Mao replica:

—“Nuestro pueblo odiaba y temía a los soldados. Pero enseguida supo que el Ejército Rojo era el suyo... porque vio que entre nosotros no existían clases privilegiadas; vio que todo comíamos del mismo modo, que llevábamos la misma ropa; que gozábamos de libertad de reunión y expresión, y que los oficiales no tenían derecho a golpear ni a insultar a sus inferiores”.

Los campesinos se persuadieron de que el Ejército de la Liberación luchaba en favor suyo y de que la vida que se les prometía en sus filas era más digna que la que llevaban en sus tierras; así es que el Ejército se engrosó con voluntarios disciplinados por naturaleza y entusiasta por convicción. Se convirtieron en auténticos militantes cuyo idealismo era capaz de vencer cualquier obstáculo.

Los principios de la estrategia militar de Mao inspiraron una canción popular:

*“El enemigo avanza, nos retiramos.
Acampa, lo hostigamos.
Rehúsa el combate, atacamos.
Se retira, lo perseguimos.”*

Malraux, insistiendo en su idea, le interroga respecto al eje de las campañas publicitarias.

—“Nuestra lucha, al iniciarse —le instruye Mao—, fue una revuelta campesina cuya finalidad era liberar al hombre del campo; entonces no se aspiraba a conquistar el derecho a la palabra, al voto o a la asamblea: sólo se pretendía subsistir. Se trataba de restablecer la fraternidad más que de conquistar la libertad”.

Y aclara:

—“Nosotros organizamos la revuelta, no la provocamos. La Revolución es un drama pasional; no hemos atraído al pueblo apelando a la razón, sino desarrollando la esperanza, la confianza y la fraternidad. Frente al hambre, la voluntad de igualdad adquiere la fuerza de un sentimiento religioso”.

La solidaridad y el ascetismo que reinaba entre los soldados del Ejército Rojo impresionó incluso a los prisioneros que, en gran número, se adhirieron a los revolucionarios. A los recién alistados se les encargaba objetivos fáciles para no hundir su moral a la primera dificultad. Esto provoca una observación de Malraux sobre la importancia de convencer a los combatientes de que la victoria les espera. Cuenta a Mao una anécdota de Napoleón, durante la campaña de Rusia: “Señor, dos baterías rusas hacen estragos en los nuestros”, le anuncia un oficial. Y Napoleón, categórico: “¡Ordenen a un escuadrón que las capture!”.

Naturalmente, Mao sonrío y agrega algo que parece satisfacer el interés de su interlocutor acerca de la propaganda:

—“Quería usted saber qué es lo que nos granjeó la adhesión de tantas aldeas, ¿verdad? *Las exposiciones de amargura*”.

Las exposiciones de amargura —nos explica Malraux— no son otra cosa que una confesión pública en la cual un hombre o una mujer exponen sus sufrimientos cara al pueblo. Cuantos la oyen han soportado idénticas miserias y las pregonan a su vez.

—“La eterna queja de la eterna desdicha” —las define el defensor de *La Condición Humana*.

—“Sí. Propiciamos muchas *exposiciones de amargura* en todas las aldeas, pero no las inventamos” —casi se justifica Mao.

Malraux ha recogido un ejemplo muy célebre de una esposa cuyo marido había sido salvajemente asesinado. Ella la repetía

con frecuencia y, en el curso del juicio público, arrancó al “señor de la guerra” (1) los ojos, en venganza.

Mao no omite el hecho de que en su ejército se hiciera un suave “lavado de cerebro” a sus componentes.

—“Consistía en decir a los prisioneros: “¿Por qué luchan contra nosotros?”, y a los campesinos: “El comunismo es, ante todo, una defensa contra el fascismo”.

Pese a esta declaración, escribe Malraux: “Sé que el lavado de cerebro no se limitó a esas manifestaciones anodinas. Las sesiones de autocríticas fueron a menudo sesiones de acusación, seguidas de expulsiones, arrestos y ejecuciones”. Luego establece para Mao una comparación:

—“En la Unión Soviética, el partido formó al Ejército Rojo; aquí fue el Ejército de la Liberación más bien el que desarrolló al partido”.

Y Mao objeta enérgicamente:

—“*Nunca permitiremos que el fusil mande al partido*”.

Acto seguido, alega que la guerra empezó como respuesta a la ofensiva enemiga: los rusos apoyaban a Chang Kai-chek pero el pueblo chino le secundaba a él. Sobre los resultados de dicha contienda, declara Malraux:

—“Rusia se engañó y también nosotros nos habríamos engañado... Usted está empeñado en volver a fundar una Gran China, Señor Presidente. Se evidencia en los cuadros y los anuncios propagandísticos, en sus poemas, en la propia China, con ese lado militar que le reprochan los turistas...”

Tales palabras tienen la virtud de enderezar a los asistentes con el fin de que nada se les escape. Mao está de acuerdo y asiente con la sobriedad de gestos que le caracteriza. Malraux, a lo largo del diálogo, estudia a Mao que “sólo cambia de postura para coger el cigarrillo o para dejarlo sobre el cenicero.

(1) “Señor de la guerra” es, a grandes rasgos, un cargo equivalente a nuestros Gobernadores Militares.

No parece un enfermo, sino un emperador de Bronce”, aunque la presencia de una enfermera detrás de su butaca demuestra que necesita cuidados. Pero cuando Malraux afirma que, si bien Francia es independiente, no deja de ser aliada de los norteamericanos, Mao abandona su serenidad habitual alzando los brazos y dejándolos caer bruscamente, al tiempo que exclama:

—“¡Nueeeestros Aliaaaados! ¡Los suyos y los nuestros!”

Y su tono quiere decir:

—“¡Valientes aliados!”

Mao —advierte Malraux— desconfía de lo que pueden aportar a sus propósitos los *intelectuales* (para el jefe chino, *intelectual* es un vocablo que engloba todas las profesiones liberales) porque considera su ideología antimarxista. Le preocupa la influencia de este sector en la juventud, influencia que podría ser contrarrestada gracias a la pedagogía concebida e implantada por él: *mitad trabajo, mitad estudio*.

El Embajador francés, Lucien Paye, presente en la entrevista que comentamos y conocedor del tema de la juventud, tranquiliza al Presidente, asegurándole que, por sus contactos personales, tiene el convencimiento de que los jóvenes chinos le apoyan.

—“Usted ha visto un aspecto —puntualiza el autor del Libro Rojo—. Sin embargo, existe otro. Una sociedad es un conjunto complejo. ¿Sabe usted cómo se llamaban los crisantemos en la última exposición de Hangchen? “La bailarina ebria”, “el viejo templo al atardecer”, “el amante que empolva a su amada”... Es posible que ambas tendencias coexistan”...

Malraux no ignora que la represión consiguiente a la campaña de las “Cien Flores” logrará una doble depuración de la juventud: la disidente y la tolerante... con los disidentes. Teme que la eliminación de todo tipo de censura desemboque en la formación de una nueva clase. No en vano, ha heredado de Beaumarchais la máxima de que “sin la libertad de la crítica no existe elogio valedero”. El tema de la juventud trae a su memoria aquellos dos niños de Mao, carne de su carne, abandonados en manos campesinas en los días de la “Larga Marcha”.

“Tal vez haya dos muchachos de unos treinta años dejados en alguna comuna popular, junto a otros tantos niños y tantos cadáveres, que son hijos sin nombre de Mao Tse-tung...” ¿Qué valle o qué montaña habrá cobijado su ignoto destino mientras proseguía la lucha?

“Montañas

Como grandes olas en agitados mares.

Al galope tendido

diez mil caballos se lanzan como ebrios a la batalla”.

Años más tarde, relejendo las impresiones de su viaje a Oriente, meditaría quizás Malraux sobre los insólitos encuentros del azar: también él perdió a sus hijos, Gauthier y Vincent, truncados en la flor de la edad, el 23 de mayo de 1961, a consecuencia de un accidente de automóvil. Regresaban los dos hermanos de visitar a una adorable anciana a la que llamaban su “madrina de las islas” por ser esta señora propietaria de la isla de Port-Cros.

El agudo observador está persuadido de que Mao no concibe la modernización de la agricultura ni la industria al margen de las poderosas estructuras chinas. Espera, a pesar de ello, que “el arado tirado por hombres y la bomba atómica no convivirán siempre”. Y duda si la austeridad de la “taza de arroz” es tal austeridad comparada con el hambre. ¿No precisará enemigos el Estado de China para justificar que cada campesino sea o aspire a ser soldado?

Ahora le toca a Mao *sacar* y continúa el juego:

—“¿Creen de veras en lo que dicen los partidos socialistas y comunistas franceses?”

—“Depende de lo que digan”... —devuelve la pelota Malraux. “El partido socialista es un partido liberal de vocabulario marxista, constituido esencialmente por funcionarios. El partido comunista es demasiado revolucionario para que nazca otro partido de combate y demasiado débil para llevar a cabo la Revolución”.

La charla deriva hacia los diferentes matices del comunismo, en orden a los países que lo han puesto en práctica, y corta Malraux con un comentario jocosos pero acertado:

—“Individualmente, la mayoría de los comunistas querían besarse con ustedes en una mejilla y con los rusos en la otra”.

Mao parece no entender. La intérprete repite la frase y el Presidente se vuelve entonces hacia el mariscal y los demás ministros. La risa de Mao es contagiosa y todos ríen a carcajadas. Ya serio, inquiere:

—“¿Qué opina de esto el General de Gaulle?”

—“No le concede demasiada importancia, no es más que un hecho electoral. Actualmente, el futuro de Francia se juega entre los franceses y él”.

Mao sólo ve para el comunismo —y se lo comunica a Malraux— dos vías factibles: o la evolución pro-socialismo o el revisionismo, semejante al que realizaron los soviéticos. Pero el revisionismo no es aceptable para su país, en su criterio, pues significaría renuncia a la taza de arroz diaria que no pocos esfuerzos ha costado conseguir. Cuando Mao pronostica:

—“El revisionismo caerá en la restauración del capitalismo y no sé por qué Europa no habría de sentirse contenta”...

Malraux le ataja:

—“No creo que Rusia se proponga restaurar la propiedad privada de los medios de producción”.

—“¿Está usted seguro? ¡Piense en Yugoslavia!”.

Supone el enviado del Quai d'Orsay que tanto Mao como Tito actúan por su cuenta, independientemente de Moscú. El Presidente chino entiende que los imperialismos, sea el norteamericano, sea el soviético, están desfasados. Abundando en la idea, añade:

—“Estratégicamente, el imperialismo se ha condenado y, con él, el capitalismo. Tácticamente hay que combatirlo, como las tropas de la Liberación combatieron las de Chang Kai-chek”.

El objetivo de los rusos, según ellos, es enraizar el comunismo en el mundo por métodos pacíficos. Pero —coinciden ambos

interlocutores—, “la situación en la URSS ha sufrido una transformación tan radical que apenas puede hablarse ya de comunismo”. En cambio, en China sí, por obra de Mao. No obstante, muchos comunistas europeos han lamentado que su partido, en la actualidad, haya desvirtuado el original. Por otra parte, reconocen que si dicho partido ha ido perdiendo fuerza es porque el indigente de ayer era más indigente que el de hoy y no se atrevía a tomarse la justicia por su mano. Únicamente regímenes dictatoriales —fuese cual fuese su signo—, por su opresión o desprecio de los seres y de sus ideas, han prestado nuevo impulso al comunismo. La práctica adultera las concepciones teóricas más puras. Poco a poco, dentro de la misma corriente ideológica, van naciendo facciones que entorpecen —si no los tergiversan—, los ideales primeros. De momento, el comunismo chino goza de una lozanía que perdió en otros países por la interferencia de intereses creados. Liu Shao-shi decía de Mao: “Su rasgo genial fue adaptar el carácter europeo del marxismo-leninismo a la idiosincrasia asiática”. La magnitud demográfica de las naciones orientales no presenta demasiadas variantes acerca del resultado de su proyectada universalización.

Las consignas del partido no se discuten cuando hay movilización general en China que vive una *Revolución ininterrumpida*, tal y como lo pretendía Mao.

Llegados a este punto de la conversación, Mao, visiblemente fatigado, hace ademán de levantarse. Malraux le tiende la mano para despedirle y se admira de que el dirigente chino le acompañe hacia la salida, en medio del respetuoso silencio de los concurrentes. Su manera rígida de andar, sin doblar las rodillas, es objeto de una gráfica descripción: “Tiene el equilibrio incierto de la estatua del Comendador y camina como una figura legendaria surgida de alguna tumba imperial”.

Todavía siguen hablando sobre el contraste entre el comunismo ruso y el chino. Mao no disimula el recelo que le inspira el soviético, casi tanto como el que los norteamericanos inspiran a Chu En-lai. Pero Malraux no cree que se trate de un sentimiento general: él mismo ha observado cómo los niños le sonreían por las calles tomándole por un ruso, único hombre de raza blanca que les es familiar.

—“Los revisionistas —afirma Mao— confunden causas y efectos; la igualdad no tiene importancia *de por sí*: la tiene porque es natural en quienes no han perdido el contacto con las masas...”

Cuando aborda la situación jurídica, cultural y social de la mujer china que “empieza a *querer existir*”, Malraux instantáneamente imagina a las mujeres de Mao o la leyenda que las envuelve. A la primera esposa, elegida por sus padres cuando él tenía catorce años, la abandonó nada más verla. ¿Razón? La encontró fea. La segunda era hija de su amo. Mao la quiso y en cierto poema la llama “mi altivo álamo”. El Kuo-Min Tang, tras hacerla prisionera, la ejecutó. La tercera participó muy activamente en la Larga Marcha junto a su marido. Aunque el divorcio es poco corriente entre los comunistas asiáticos, Mao se separó de ella. Hoy es gobernadora de una provincia. Finalmente, se casó con una joven estrella de Shanghai que dirigió el teatro de los ejércitos y después desempeñó una función importante en la Revolución Cultural Proletaria. Su nombre no se ha olvidado ya que, en la actualidad, es un personaje polémico que frecuenta las columnas de la prensa mundial. La Revolución Cultural se proponía —en frase de Mao— “devolver a las masas con precisión lo que hemos recibido de ellas con confusión”.

—“La Revolución no es una victoria, es la pugna de las masas y de los oficiales durante varias generaciones” —exclama Mao con vehemencia.

Y Malraux se lo figura arengando en el mismo tono a los suyos en la Gruta de Yenán.

Nueva despedida ya al pie de los coches, tan falsa como la anterior, pues se prolonga la *posdata* y el *huésped* francés sospecha que su interlocutor pone más fuego en sus palabras una vez que su séquito se ha alejado:

—“Estoy solo con las masas. Esperando”.

No sé si Malraux recordaría, al oír esto, aquel poema de Mao titulado “Ch’angsha”, nombre de una ciudad especialmente ligada a su adolescencia y en la que fueron fusiladas su primera mujer y su hermana:

“Estoy solo, fascinado ante esta desolada inmensidad y pregunto a esta tierra inacabable:

“¿Quién dirige los destinos del hombre?”

El que Malraux mira como al *Poeta de la Montaña* recalca:

—“Nuestra Revolución no puede ser exclusivamente una estabilización de la victoria... El Pueblo ha reemplazado a los antepasados. El Pueblo, no el partido maoísta”.

Es sabido que Mao ha modificado el *status* militar, suprimiendo los galones y las jerarquías, para mantener vivo el espíritu revolucionario, pues estima el “dogma menos útil que la bosta de vaca” y encuentra que hay en China una juventud dogmática, en oposición a las afirmaciones del Embajador francés. Malraux, emparejando sus pasos a los de Mao, ha adquirido la certeza de que su anfitrión no ha envejecido en el plano político y de que “ningún hombre habrá conmovido la historia tan profundamente como él, desde Lenin. La Larga Marcha lo describe mejor que cualquier rasgo personal”. Y una de las conclusiones que se lleva a Francia es la de que “trescientos años de energía europea comienzan a esfumarse: la era de China apunta”.

En el inmenso tablero de “ping-pong” del planeta, parece haberle tocado el turno a Oriente, cuya alba coincidirá, quizá más pronto de lo que se espera, con el ocaso occidental. Ya en el verano de 1934 había escrito Mao:

*“En el oriente el día empezó ya,
que nadie diga que marchamos antes de tiempo”.*

Tercera y —ahora sí— real despedida:

—“Estoy solo —repite Mao y ríe—. “En fin, con algunos amigos lejanos. Salude usted de mi parte al General de Gaulle. En cuanto a ellos (los rusos, se entiende) la Revolución no les interesa...”.

Por la ventanilla del automóvil, Malraux dirige una última mirada al jefe amarillo. Está solo, como él dijo, frente a la escalinata de la Casa del Pueblo, con su uniforme oscuro destacándose entre los claros uniformes de los demás dignatarios...

De ahí, el viajero, acompañado por el Embajador francés y cargado con un nutrido bagaje espiritual, se encamina hacia las tumbas de los Emperadores Ming. Las mimosas y las malvas franquean el paso hasta el lugar milenario que un enamorado del arte no podía dejar de visitar. ¿No nos aseguró que “el arte es un antideestino”? *Antimemorias, antideestino...* El *antideestino* que Malraux ha conseguido asumir por no rehuir su encuentro: el arte da, a menudo, lo que el destino niega. Un cortejo de mariposas, libélulas y aves de rapiña de Mongolia, le recuerdan que está en el país de la Gran Muralla.

A lo largo de la avenida funeraria se alzan unas estatuas de piedra que Malraux bautiza “juguetes de la eternidad”. Tras las tumbas, se yergue la masa violenta del Bosque Sagrado donde en un pequeño pabellón, se conserva, debidamente resguardada, la tiara hecha de plumas de martín-pescador de una emperatriz... Después de un minucioso recorrido, cae Malraux en la cuenta de que la ruina china pertenece a la muerte porque las tapias son lo único que queda de la construcción, al hundirse el techo encaracolado.

A la vista del paisaje, reflexiona: “Esta China que es la China eterna, con su arte de porcelana, de dioses de la Agricultura y de mascarones, forma un intermedio insólito, desde el primer emperador mandarín hasta la emperatriz Tseu-Tsi, desde los grandes emperadores sin rostro hasta Mao” y murmura para sí las palabras de Mao: “SI HACEMOS LO QUE DEBEMOS HACER, CHINA VOLVERA A SER CHINA”.

El aire transparente, que desciende con suavidad, trae ecos cimeros renovando la voluntad y la esperanza:

“Montañas

horadando la nitidez del cielo azul.

Si el cielo cae,

allí estaremos para sostenerlo”...

...! Como pilares de la inmensa bóveda!

Fina de Calderón, inquieto temperamento femenino, deseó conocer un día a Andre Malraux. Cerca de su secretaria en los tiempos en que Malraux fue Ministro del General De Gaulle, logró un primer conocimiento que fue después una auténtica amistad mantenida hasta las últimas horas del gran escritor. Ella ha traducido y ha dado forma en castellano a esta síntesis de “La condición humana”.